

Efraín Rodríguez Santana

Nonadanadie

(Trilogía de Quinta Avenida II)



Edición: Pablo de Cuba Soria
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Imagen de cubierta: René Francisco Rodríguez
Diamante roto, 2019 (Acrílico sobre lienzo, 111 x 137 cm)
Col. Nexos & Frontaura Collection, Art & Wine, España

© Efraín Rodríguez Santana, 2026

Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2026

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798244542844

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

Cada vez que se veían hablaban de aquel cuadro. Rod lo custodiaba desde hacía algunos años y ahora Cata podía mirarlo a su antojo. Fue él quien lo rescató de un rincón del estudio de su amigo Francesco, casi a punto de destruirse. Volvieron a montarlo en un marco rudimentario, se lo llevó a su casa. Al dorso aparecía el verdadero título: “El internacionalista”, enero de 1989, 200 x 180, óleo sobre tela.

Un cuadro que parecía salido de un cómic. Como parte de una antigua máquina de guerra soviética, en medio de una supuesta Siberia marina. Un mar siberiano lleno de muertos, sentenció Rod. Cata trató de entender lo que quería decir su novio, se puso en su lugar, algo comprendió. Rod tenía un defecto metafórico al hablar, le siguió la corriente.

Ella, sin embargo, lo veía como un Frankenstein, con una larga nariz de Pinocho en forma de cañón que apuntaba a través de una mirilla dibujada por

dos diminutas Cubas. Se repetían las islas como balsas congeladas rumbo al Polo. A Rod le entusiasaban las observaciones de Cata. Una cosa era esa figura descomunal sobre un lienzo y otra la realidad de esas Cubas al garete, aseguró él.

—La influencia ha sido devastadora, comentó ella. Veo al mastodonte de nieve y me produce rechazo, detrás hay muchas intenciones críticas, como si hubiéramos llegado al fin y no quedara otra opción que el hielo.

Soy una mujer que confía en los cálculos, con una responsabilidad cada vez menos rentable, hay que pagarse la vida que se desea, pero no se puede forzar la norma, pensó Cata. Rod me interesa mucho, este cuadro es muy raro, pero sé que está hecho con muy malas intenciones. Hasta ahora él se comporta como un tipo fácil, admira y quiere a sus amigos, se involucra en esa maraña generacional de escritores y pintores, creo que le gustaría ser el cronista de algo desechable, algo que tiene que desaparecer. Llevamos poco tiempo juntos, pero me parece que lo conozco de toda la vida.

Bajaron al estudio, se quedaron un buen rato contemplando aquel muñecón. Fueron a la cocina, prepararon algo de comer. Cosas sabrosas que Cata atribuía a sus viajes a Panamá, vinos riojanos

inimaginables. Volvieron a la cama pertrechados. Es que te quedas sin palabras, dijo ella. Sí, algo de eso me pasó la primera vez que lo vi. Lo que más me llamó la atención fue su barba, dijo él. La barba no miente, sonrió Cata. Nada que no sepamos desde nuestra más tierna infancia. El gran chanchullo de la barba a todas horas y en todas partes, Rod acarició la suave cara de Cata. Ella hizo un gesto cómico sobre su cabeza, agarró un mechón de pelo y lo estiró hacia arriba.

Husmea en el estudio de su novio. Ha abierto las gavetas del escritorio, ha leído algunos textos sueltos, pero no ha podido acercarse a la novela que Rod está escribiendo. Él dice que ese material no existe todavía, aunque ya tiene una buena cantidad de cuartillas escritas y un título posible: *Caja de figuras*. Le pregunta de qué va y él se entusiasma, aparecen todos sus amigos interpretando papeles muy parecidos a ellos mismos: los pintores, el poeta Escobar, algunas mujeres muy valiosas, Atilano, Nonio, Nona, Adelita D, Mira, y también figuras históricas y poéticas muy distorsionadas: Porcallo de Figueroa, Hernando de Soto, Isabel de Bobadilla, Catulo. Cata sospecha que ese material puede ser de gran utilidad. Rod pone bajo llave el manuscrito.

—Mencionas a tus personajes, pero no de qué va la novela.

—Va de nosotros, los pintores, los escritores, yo entro y salgo muchas veces.

—Quisiera leerla ya.

—Voy a meterte en ella.

—Ni se te ocurra.

—Algo que te guste.

—Por eso mismo tendrás que enseñármela.

—Te leeré algunos fragmentos.

—Cuento con eso.

Volvieron al cuadro de Francesco, una rareza en el trópico, algo que muy poca gente había visto antes.

—Faltan algunos detalles importantes.

—Está el casco verde olivo, cubriendo una cabeza voluminosa, el arcabuz que emerge de la espalda redonda, la cartuchera de la pistola Makarov, ese corazoncito en el pecho, a relieve, como un detalle de artesanía navideña.

—La cara es horrible.

—Sí, mete miedo, una boca desfigurada, unos ojos rarísimos.

—Ojos de loco, parece que va a matar a alguien, de la nariz en forma de cañón sale el humo de la pólvora de algún disparo.

Cata medita cada palabra suya, de ella dependerá su credibilidad ante superiores e inferiores, tendrá que explicarse metódicamente. Rod está fuera de cualquier duda. Quizás no deba referirse por ahora al “Muñeco de nieve”.

En el 89 ella había procurado la mayor información posible sobre un grupo de creadores jóvenes insubordinados, pintando o representando, o construyendo, o esculpiendo temas prohibidos, intocables para el país, sobre todo el relacionado con la figura de La Primera Espalda, como le llamaba ella.

A lo largo de cinco años, muchos de esos artistas se fueron del país a través de México, otros continuaron la ruta de las imágenes cómicas del poder político. Era como un juego de engruimientos personales, se jugaba a la pelota, al tiro al blanco, a los desfiles masivos, a los fantasmas del Castillo de La Fuerza, a la magritteña reproducción prohibida del pintor ante el espejo, referencias todas a la creación de la pareja de pintores Francesco y Edupón.

Había preparado un “encuentro casual” con Rod en Quinta Avenida. Aquella noche se conocieron, bebieron, se acostaron. Rod deliró, ella se dejó llevar por aquel hombre. Ya repuesta del primer impacto, decidió continuar la relación hasta conocer personalmente a los pintores. Rod era el mejor amigo de ellos, sabía minuciosamente las tensiones que los cuadritos de la llamada Serie de Nonio, censurados en la Exposición del Castillo de La Fuerza, habían provocado en el ambiente alterado de la plástica cubana.

Al principio pensó que aquella tarea estaba muy por debajo de lo que había hecho en los juicios del 89, pero también comprendía que lo más intrascendente solía convertirse muchas veces en lo más decisivo. Por eso preparó un plan de rescate de los clásicos de la vanguardia cubana que se contrabandeaban en Miami y otro más destructivo para los cuadritos vejatorios de los jóvenes pintores, vistos y elogiados por galeristas y críticos extranjeros.

Se citó con W&Q, sus subordinados de mayor confianza, llegaron escalonadamente a un apartamento en 3ra. y 10, Miramar. Ella se adelantó, comprobó que todo estaba en orden, abastecido con los suministros correspondientes. Quizás lo tomaría como un lugar más personal, para meditar, para leer, para estar con Rod.

W&Q tocaron el timbre, era un edificio de dos apartamentos, el de abajo estaba ocupado por un hombrecito bastante callado y servicial. W le comunicó a Cata que ya Negrón, pieza clave de aquel operativo, les había entregado un informe de sus encuentros con el poeta de Malecón. Cisneros y Negrón se ponían a beber y leían poemas, que este último apreciaba mucho. A Q le sorprendía la ductilidad con que se movía Negrón, un tipo capaz de cubrir terrenos muy desiguales de trabajo. Debe de estar en una crisis de autoestima, supuso Cata. Hay que explotar esa flojera suya a nuestro favor. Lo voy a felicitar por el trabajo de esta primera

fase, porque a partir de ahora comienza lo más difícil. W&Q no preguntaron qué era lo más difícil. Negrón será el protagonista de ese “robo”, tendrá que bestializarse, dijo ella.

Antes de entrar en materia quiso saber qué planes podía tener el Jefe de Operaciones ahora mismo. W&Q pusieron caras de póker. Sé que ustedes no tienen por qué estar al tanto de lo que planifica él, pero quizás algún comentario que se esté cocinando allá arriba. Nada, dijo Q. Algo, dijo W. Quiero saber todo sobre ese Nada y ese Algo, ordenó.

—Nos parece que fue un comentario sin importancia, el Jefe de Operaciones nos preguntó con cierta insistencia cómo estaba su hijo. Le respondimos que bien, con una vida muy activa, entre los de su gusto. Entonces sugirió que reactiváramos nuestros contactos con él. Y eso hemos hecho. Es un tipo bastante particular, voluntarioso, con carácter, más ecuánime de lo que podríamos suponer. Durante un tiempo le pasamos información con casos de asesinatos y robos imposibles y eso le gustaba, se ponía a especular, sacaba conclusiones como si estuviera dentro de una novela policiaca. El Algo es que el Jefe de Operaciones quiere darle algún trabajo en el propio Ministerio, quizás para tenerlo más cerca, aunque el hijo no quiera saber Nada del padre.

—Algo raro está pasando con el Jefe de Operaciones. Vamos a estar muy alerta. A partir de ahora ustedes tienen que informarme todo lo que pase con ese hijo. ¿Alguna cosa más que quieran resaltar?, preguntó.

—Bocanera es homosexual, afirmaron W&Q.

—Eso ya lo sé, dijo Cata. No salgo de mi asombro. Para hacer eso que se propone con el hijo debe de tener un apoyo inmenso.

W&Q asintieron. Eran especialistas en sincronización corporal y mental, sabían qué responder y qué callar.

—Nos toca ahora hablar con Negrón, en esa reunión estaremos nosotros tres, dijo Cata. Le explicaré cómo se va a organizar la incautación de cuadros, qué hay que hacer con el tal Cisneros. El papel de Negrón es decisivo. Ustedes estarán muy atentos a sus reacciones. Yo voy a ser muy clara con él, de esa actuación depende su vida.

Sabía cómo actuaba el Jefe de Operaciones. Estaba muy respaldado por sus superiores. Casi rozaba la cúspide. Se había consolidado con el descalabro del 89, fue uno de los pocos que sobrevivió con un poder muy holgado. Ella hizo parte del grupo de asistencia a ciertos acusados. Había que actuar con eficacia, amortiguar la desesperación de los grandes que hasta hacía poco dirigían los destinos del Ministerio. Algunos mataban, otros

ordenaban matar, todos disfrutaban de un paraíso artificial sustentado por un raro concepto patriótico. Machos ante la inminencia del peligro. Llegaba ese peligro y ellos ejecutaban acciones más o menos riesgosas: contrabando de drogas y equipos de todo tipo, orquidearios, jaulas gigantes de pájaros exóticos, el dinero que corría a manos llenas, los apartamentos para queridas y esposas, las pinturas, los Ladas, los Alfa Romeos, los Wolkvagens, las ejecuciones en caliente.

Con lo que mi jefa y yo no transigimos nunca fue con ese cuento metido a espía, fue el único que se salvó, dejarlo fuera fue un error de cálculo. Ese tipo se permitió el lujo de llevar y traer demasiadas intrigas, se pavoneaba de ciertas facilidades materiales que le habían concedido, camufló dinero ilícito, aspiró a ser un macho de primera. Pronto estaría en algún corredor de los Estados Unidos, inventándose hazañas que nunca ejecutó.

Su jefa y ella misma supieron que todo aquello era un basural que iba a prender fuego, por eso el DTA se puso a funcionar a máxima capacidad, ese Departamento de Trabajos Auxiliares era absolutamente secreto. El sobrenombre de Club de la Chaveta Comunista había sido el mito que unos aduladores echaron a correr para contentar a La Primera Espalda. Existía también una así llamada Se-

gunda Espalda, con los mismos atributos, pero en segundo lugar.

Volvió supuestamente de Panamá cargada de regalos para Rod. Ella hacía lo mismo que aquellos héroes descabezados en su momento, condenados a largas penas de encierro, fusilados o fallecidos repentinamente, pero con un sentido más preciso de las cosas traficadas. Apuntaba en un cuaderno todo lo comprado y gastado. Enviaba a alguien un informe trimestral de depósitos, exoneraciones y gastos. Sabía que estaba en el lugar de las inversiones patrióticas, donde el dinero se explicaba ideológicamente. Aunque manejes miles, millones o cientos de millones y tu vida se deslice holgadamente, justificadamente, tenías que fundamentar el flujo de capitales a través de palabras técnicamente henchidas de valor revolucionario. Rod era parte de esa inversión declarada. Habían transcurrido cinco años de la causa 1 y 2 del 89, ahora ella era la jefa de ese departamento no identificado, practicaba la fórmula de lo que se declara para camuflar lo que no se puede declarar.

Su cuadro preferido estaba en el mismo sitio, poseído por aquella pose hermética. Era el cuadro de un sobreviviente armado que se internaba en aguas congeladas, rumbo a lo desconocido. Parecía reflejar el día después de un experimento

exterminador. Algo trágico se cernía alrededor de esa figura.

—Tengo el presentimiento, dijo Rod, de que van a entrar una noche de estas por esa puerta y se van a llevar el cuadro.

—¡Qué intuitivo eres, muchacho!, Cata se echó a reír.

Me enteré de que el poeta Cisneros estaba negociando con alguien del Ministerio la entrega de algunos de sus cuadros. Parece un chiste, pero todo indica que tiene el firme propósito de cerrar un trato con ciertas autoridades. Pasé por Kohly y un colega de muchos años comenzó a marearme con las pinturas que se estaban fugando hacia Miami, me aseguró que algunas personalidades intelectuales habían iniciado conversaciones con los agentes que atienden Cultura, así que como estoy acostumbrada a escuchar, invité a ese viejo conocido a tomarnos un café y a fumarnos un Marlboro. Mencionó varios nombres y a Cisneros entre ellos, era una especie de lista de arrepentidos, tratando de poner a salvo lo que nunca fue suyo. Muchos de esos cuadros fueron manoseados por grandes intereses, hasta que se instalaron con estos dueños de ahora. Nosotros tenemos que poner las cosas en su sitio, colgaremos esas piezas en otras paredes más seguras.

Este especialista es de fiar. Su explicación fue reveladora, la sustracción ilegal de obras y otros objetos patrimoniales hacia Estados Unidos había movilizado a más de una dirección en el Ministerio, o sea, que en esto se involucraban varios factores, con métodos diferentes de trabajo. Como llevo ya algún tiempo preparando esta operación, decidí hablar con el alto mando y le conté qué estaba ocurriendo. Hace un par de horas recibí la ratificación de que somos nosotros los únicos encargados de ejecutar las sustracciones planificadas de obras de arte.

Se produjo un silencio pactado entre la que sabía y los que se asombraban de no saber nada. Cata, de pronto, se relajó, miró a sus subordinados como si esperara la pregunta que no se iba a producir. W&Q conocían muy bien la forma en que procedía ella. Irrumpía siempre con alguna noticia que ellos desconocían, era una maestra en capitalizar la atención. Daba por sabido asuntos que solo ella dominaba en sus detalles, tensionaba a sus subordinados, para luego ir desenredando algunas tramas.

Vamos a brindar por Negrón, ella misma fue a la cocina del apartamento, trajo unas cervezas, trocitos de jamón y queso, galletitas saladas, aceitunas, pimientos rojos y pepinos encurtidos. Le-

vantaron las botellas, chocaron efusivamente con la de Negrón, manosearon sus hombros, sonrieron, gesticularon afablemente. Eran las cinco en punto de la tarde, las persianas Miami estaban inclinadas, pero el día era todavía fuerte y la luz llenaba la espaciosa sala.

Despachada la merienda comenzó la reunión. W fue el encargado de hacer un repaso de los principales puntos del día. Recalcó que a partir de ese momento todo lo que se tratara allí era de extremo secreto, por tanto, quedaba prohibido tomar notas o hacer recapitulaciones innecesarias. Los participantes en la sustracción de los cuadros de Malecón 572 quedaban movilizados a partir de ese momento. El día y la hora se informaría en el momento de la puesta en marcha del operativo.

La jefa pidió máxima serenidad, muchos aspectos del trabajo que realizarían ya eran bien conocidos. El equipo estaría integrado por W&Q, Negrón, más un chofer y un especialista en obras cubanas de arte. Se contaba con el plano general de la casa y la ubicación de todos los cuadros que desmontarían. Congratuló a Negrón por sus valiosas contribuciones y a W&Q por haber ensayado todos los movimientos que se realizarían en la casa misma. Una tarde en que Cisneros bebía en los jardines de la UNEAC, entraron los tres y cotejaron cada detalle sobre el terreno.

¿Por qué Negrón es clave?, preguntó, y ella misma se respondió: Porque Negrón ha logrado sostener en los últimos meses una relación amistosa con Cisneros, decisiva para la ejecución de nuestro plan. Sin todos los datos que nos ha suministrado, estaríamos en una cueva. Yo quiero destacar nuevamente la profesionalidad de un combatiente como él, con una larga experiencia en la guerra directa y en otras acciones en extremo riesgosas en territorio enemigo. Ahora se desempeña con nosotros y nos conducirá exitosamente al logro de este valioso objetivo. Pero, recalcó, debemos orientar algunas acciones muy complejas que tendrá que acometer. Negrón observó humildemente a Cata, por su cabeza pasaron los días y las noches de MC, el trasiego de tantas mercancías, el dinero que tuvo que llevar de un continente a otro.

Q hizo el recuento general de cómo procederían. En el plazo de una hora y quince debían estar desmontados los cuadros y trasladados a la furgoneta de fumigación. Los participantes vestirían el uniforme gris de inspectores de Salud Pública. Fuera vigilaría el chofer, subordinado directamente a W. Este último se desplazaría del portal al pasillo central de la casa y ayudaría a Q a desmontar, trasladar y cortar en los casos de extrema necesidad. Había que cargar con todo, dejar el lugar limpio.

La jefa se dirigió a Negrón. Sabemos que fuiste muy eficiente en tu acercamiento al poeta de Malecón, que bebían, leían poemas, que algunas veces te quedaste en su casa, por razones estrictamente profesionales, que algo de esto le contaste a tu novia Esther María, lo cual sí fue un error, hasta ahora desechable.

Negrón aseguró que eso estaba bajo control. Recordó su casa de calle 100, tuvo la certeza de que ella conocía hasta los más mínimos detalles de su vida.

Después del operativo los tres pasarían por un tiempo a la reserva, se barajaba la posibilidad de una visita a Miami, un par de meses, para relajarse y después volver. Eso lo decidirían en su momento, aunque era una alternativa posible. Cata miró fijamente a Negrón, suspiró presagiosamente. Tendrás que golpear a Cisneros, dijo. Negrón resopló. Te explico más, Cisneros estuvo a punto de vender la tabla de Cundo Bermúdez por 150 mil dólares. No se produjo la venta porque nosotros interceptamos al mediador. Hay mucha gente lucrando con esos cuadros, verdaderas reliquias. Hay que rescatarlos y guardarlos, protegerlos hasta siempre. Negrón finalmente adujo que había otras alternativas. No, dijo ella. No las hay. Entrarás como siempre, como inspector de Aedes Aegypti, examinarás, saldrás con algún pretexto, regresarás, y cuando

te abra, lo golpeas, lo coges por el cuello, lo arrastras hasta su cuarto, lo amarras y lo amordazas. Ese momento es clave, tienes que desempeñar tu papel de ladrón consumado, jugarás un poco con él, lo golpearás otra vez y cuando todo esté empaclado, lo dejas ahí tirado, ya llamaremos nosotros para que alguien se ocupe. ¿Por qué hacemos esto?, se preguntarán ustedes. Y yo les respondo, porque se lo merece, preparamos una lección en toda regla, para que esos que poseen patrimonios dudosamente adquiridos no se les ocurra vender o traficar con lo que no es suyo.

Preguntó a Negrón si había entendido. Este respondió que sí. Se dio por terminada la reunión.

W hizo un aparte con la jefa. Tengo una noticia de última hora, El Jefe de Operaciones ha nombrado a Bocanera como responsable de un pequeño grupo encargado de robos que se consideren políticos. Algo que en realidad no entiendo muy bien. Todo parece indicar, aunque no está confirmado, que pasaremos Q y yo a trabajar con él. Lo más importante es que no se te olvide que ustedes están subordinados a mí, dijo Cata. Ahora más que nunca hay que meterse en esa casa de Malecón.

ÍNDICE

1 / 7
2 / 13
3 / 19
4 / 25
5 / 31
6 / 38
7 / 46
8 / 52
9 / 57
10 / 64
11 / 72
12 / 79
13 / 85
14 / 95
15 / 105
16 / 113
17 / 123
18 / 131
19 / 140
20 / 148

21 / 158
22 / 165
23 / 174
24 / 180
25 / 188
26 / 194
27 / 202
28 / 210
29 / 216
30 / 225
31 / 235
32 / 244
33 / 256
34 / 268
35 / 277
36 / 285
37 / 296
38 / 303
39 / 310
40 / 319
41 / 330
42 / 342
43 / 349
44 / 357
45 / 366
46 / 375
47 / 384
48 / 391

49 / 398

50 / 407

51 / 416

52 / 423

53 / 434

54 / 441

55 / 449

56 / 455

57 / 463

58 / 473

